

¿Qué es la filosofía?

Mi hermana pequeña no sabe qué es la filosofía. De hecho, ni siquiera conoce ese vocablo, pero a veces creo que subyacen en ella sentimientos filosóficos o que, al menos, fluyen por ella preguntas infantilmente fundamentales: ¿De dónde vienen los niños? ¿Adónde se ha ido mi abuelito? ¿Por qué se ha ido para siempre?

Su inocencia, su despertar a la vida, su admiración hacia las cosas la empujan a filosofar. Bueno, quizás sea exagerado, pero ahí está el germen de la filosofía: la inquietud, el querer saber, incluso la insistencia por descubrir. Para el amante de la sabiduría, mi hermana presenta algo importante: su asombro (*thaumazein*) o una cierta situación de tranquilidad o paz que solo tienen los niños - aquello que Aristóteles llamaba "ocio", entendido como actividad pensante- así como el impulso por saber.

Pero no, ella no filosofa, porque cuando el hombre empieza a filosofar es cuando pierde todas las certezas que tenía, y ella aún no tiene certezas, conocimientos. ¿O sí?, a fin de cuentas nos pregunta por las causas últimas de las cosas. Determinadas circunstancias -como disponer de libertad, un cierto nivel económico y ánimo- impulsan al ser humano a buscar en sí mismo las verdades fundamentales que necesita para vivir.

Una vida sin filosofía no merece ser vivida, afirmó Sócrates. Aunque los jóvenes vivimos apresuradamente, despreocupados del mundo que nos rodea, no puede decirse que pasemos -ni los jóvenes ni nadie- de la filosofía, puesto que en el momento en el que intentamos explicar y justificar algo que sea importante para el ser humano -como qué es la muerte, qué hay tras ella, o si existe una verdad absoluta-, sin percatarnos de ello, estamos haciendo filosofía. Por tanto, no podemos eludirla, y nos ayuda también a reflexionar por nosotros mismos por qué algo nos importa o por qué no.

La filosofía -que etimológicamente viene del griego *philos* y *sophia*: amor a la sabiduría- nació en Grecia en el s. VII a.C., tras desechar el mito y pasar al logos, a la razón. Con la admiración o asombro ante las cosas, el hombre contrasta sus conocimientos con la duda. Pero no se resigna, sino que comienza el camino de la búsqueda de la verdad; Descartes ya tenía una certeza (*Cogito ergo sum*), al igual que San Agustín (*Si fallor sum*). Pero esta duda tiene que hacerse metódica para el examen crítico de todo conocimiento. Según K. Jaspers, hay situaciones límites que no se

pueden evitar; la conciencia de ello -después del asombro y la duda- es el origen de la filosofía.

La actividad filosófica consiste más bien en analizar la propia pregunta que en intentar responderla, por lo que, si reflexionamos sobre la utilidad de la filosofía, podemos pensar que este es un saber inútil. No obstante, es también el saber más necesario, puesto que, sin el diálogo y la capacidad de crítica de la filosofía, no hay libertad y, por tanto, tampoco hay ciudadanos ni democracia.

La filosofía, al dar origen al conocimiento, puede ser considerada como la madre de todas las ciencias, puesto que filosofía y ciencia son saberes racionales y sistemáticos (que pretenden hallar verdades universales), comparten el mismo objeto de estudio y se plantean preguntas similares. No obstante, mientras que la ciencia se ha ido especializando a medida que ha ido avanzando, la filosofía aspira a obtener una explicación global de la realidad. Aunque parezcan ser diferentes en este sentido, ciencia y filosofía pueden complementarse, lo que se refleja en una de las citas más célebres de Bernard Mannes Baruch: *Millones de personas vieron una manzana caer, pero Newton fue el único que preguntó por qué*. En mi opinión, esto hace que no podamos encontrar buenos científicos sin formación filosófica -puesto que deben avanzar refutando ideas mediante el método filosófico- y que la filosofía se apoye en la ciencia, utilizando los temas o grandes problemas planteados por esta última, como la clonación humana o el aborto.

La filosofía estudia todas las cosas por sus primeros principios y últimas causas a la luz de la razón. En el Instituto se suele enseñar el resultado de ese filosofar a lo largo de los siglos. A partir de ello, cada uno podemos aceptar las conclusiones o pensamientos de los grandes filósofos que nos han precedido en el tiempo o que actualmente existen, o pensar por nuestra cuenta considerando otro enfoque que nos emerja más placenteramente de la duda. Tal vez, sería adecuado que no nos contentáramos con aprender un cúmulo de enseñanza en una exposición, sino llevar ésta a la práctica filosofando por nosotros mismos, siendo más experimental -como intentamos hacer con este ensayo-, puesto que no es posible decir qué es la filosofía sin hacer, a la vez, filosofía. De todos modos, debemos, antes de nada, liberarnos de todo preconcepto interior o exterior para esta labor, pararnos de vez en cuando y reflexionar: disfrutar en el camino al descubrimiento de cualquier cuestión que nos sorprenda

intelectualmente. La felicidad también se puede conseguir en ese camino que no implica éxitos, sino el regusto por el saber.

Hoy en día vivimos en una sociedad vertiginosa, insaciable de lo inmediato, devoradora del tiempo; una sociedad que no parece propicia para la filosofía, y cuyos sistemas de enseñanza ya no buscan formar ciudadanos libres, sino "trabajadores productivos" -sin capacidad de crítica-, erradicando así los aspectos humanísticos de las ciencias -tales como la creatividad y la imaginación-.¹ Por tanto, debemos insistir en la importancia de las artes y las humanidades para que no desaparezcan –precisamente porque no sirven para ganar dinero-.

Aunque mi hermana pequeña no sepa qué es la filosofía, espero que nunca deje de hacerse preguntas y, apoyada por los conocimientos que vaya adquiriendo -si los sucesivos gobiernos de turno lo permiten-, consiga llegar a verdades que colmen sus potenciales ansias de saber y, en ese camino, disfrute enriqueciendo su espíritu.

¹ Cfr. Nussbaum, M.: *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Madrid: Katz editores, 2010.